

El diagnóstico de Georgio Colli sobre la “crisis de la modernidad”

Introducción

De acuerdo con Eugenio Trías, Colli es un pensador que ha dado a su obra un carácter “embozado y emboscado”. Con ello quiere decir que para encontrar las tesis centrales que articulan al conjunto de su obra, es necesario previamente una labor de rescate y reelaboración de las mismas de entre una impresionante —y no menos importante— tarea editorial. La obra de Colli ofrece, en consecuencia, la dificultad de encontrarse dispersa a lo largo de toda su magnífica empresa sistematizadora y divulgadora, tanto del pensamiento griego preclásico como de algunos autores centrales de la filosofía del siglo XIX, entre los que ocupan un primerísimo lugar Schopenhauer y Nietzsche.

En efecto, para Trías, la noción sistematizadora de la obra de Colli se encuentra, ante todo, en la interpretación que ofrece de la naturaleza del *Logos* o, dicho de otra manera, la idea de racionalidad manejada por los autores presocráticos. De acuerdo con tal propuesta de interpretación, el *Logos*, antes que ser un instrumento técnico diseñado para conquistar el poder de la Polis —tal y como de hecho fue comprendido por los sofistas—, es una forma profunda y milenaria de sabiduría. Se trata, para Colli, de una sabiduría originaria que nace del enfrentamiento o lucha del *Logos* con el fondo oscuro, primordial y violento de la realidad. Por ello le corresponde a la naturaleza del *Logos* un carácter polémico y agonal. También por ello, éste adquiere esta identidad tan característica en y desde su relación con el mito.

Según Trías, Colli sostiene que el mito es el espacio que proporciona un sustrato material al *Logos*. La sabiduría en que consiste el *Logos* estriba, por lo tanto, en ese enfrentamiento de la racionalidad con el misterio para arrancarle su sentido y significado. La sustitución de un *Logos* originario, agonal y dialéctico por un espurio, es decir, contaminado por una concepción instrumental, habría marcado irreversiblemente el desarrollo de la historia cultural de Occidente. En las propias palabras de Trías:

“Es esta decantación técnico-política del *Logos* lo que destruye y desmantela el concepto sapiencial, presofístico del *Logos*, ese concepto que brota espontáneamente del mito de Dionisio, del carácter jónico y bifronte de esa divinidad, a la vez violencia originaria y apertura de un espacio de juego lógico de carácter polémico y destructivo”.

En consecuencia, ésta sería una influencia negativa que ayudaría a explicar algunos rasgos de la crisis cultural de la actualidad. Concretamente, en el pensamiento de Colli existe la profunda convicción de que nuestra forma de pensar, esto es, nuestra racionalidad última, es heredera o deudora —según se vea, si bien muy a su pesar— de la influencia cultural helenística. Claro que se trata de una influencia que primero ha sido ocultada y desconocida para ser luego contaminada y deformada.

En esta perspectiva, la crisis de la modernidad que hoy día padecemos es el resultado de una suerte de desorden racional que es, precisamente, el resultado del desarrollo y puesta en práctica de los postulados del <<proyecto de la modernidad>>. Tales postulados son, dicho de manera muy esquemática, un conjunto de principios excesivamente optimistas sobre la capacidad de la razón humana para alcanzar las verdades o certezas profundas del mundo y del hombre. Son, por tanto, principios optimistas y acríticos, como la experiencia histórica mostrada hasta la saciedad, que particularmente entrañan profundos peligros a la hora de guiar la conducta práctica de los hombres y los pueblos.

En efecto, la ciega confianza en la capacidad humana por alcanzar la verdad concebida en términos únicos e incontrovertidos suele devenir, por lo general, en un racionalismo dogmático e ideológicamente totalitario. Ello suele implicar, con suma frecuencia, que desde esa concepción de razón universal se pretende justificar la imposición de una forma de vida y de comprensión hegemónica, que no tiene reparos en <<sacrificar>> a los seres humanos en un altar abstracto que puede ser denominado como: el Partido, la Nación, el Progreso, la Iglesia, las Leyes de la Historia, etc.

Por lo demás, cabe destacar que Colli es uno de los contados y, por tanto, <<raros>> filósofos del presente que enjuicia sin miramientos, con justeza y con verdadera y necesaria dureza, los impresionantes y graves excesos de una época como la nuestra caracterizada por ser tan ilusa, desordenada, autocomplaciente y ciega. En realidad, no podía esperarse menos de un pensador que fue, como ya señalábamos, un genuino conocedor, seguidor y, también, crítico de la obra de Nietzsche.

¿Cuáles serían, en suma, los problemas vitales y radicales de nuestra presente modernidad según Colli? A mi juicio serían básicamente dos, a saber: (1) El dominio absoluto del Estado en la cultura. Se trata, en otras palabras, del control de la cultura por parte de la política y, también, el sometimiento de la cultura a los

intereses de la política. Tal control, por ejemplo, se expresa claramente en la administración burocrática del pensamiento creativo y de la educación, por medio de instrumentos o instituciones tan sofisticadas y complejas como la misma universidad. (2) La subordinación o capitulación de la filosofía frente a la ciencia, al punto de haberse convertido la primera en mera y simple servidora de la segunda.

Sobre la "crisis" del pensamiento actual o la crisis de la modernidad

La crítica de Colli al mundo contemporáneo arranca de una crítica a la organización de la cultura en dicho mundo. Ello por la obvia razón de que la cultura y sus frutos son la manifestación más tangible y objetiva de la vitalidad del hombre y de su modo y calidad de civilización.

Para Colli, la decadencia de la cultura es la expresión de, entre otros factores, una inadecuada relación del hombre con su entorno. En efecto, la relación del hombre moderno con su entorno natural y su propio cuerpo debe obedecer a un "equilibrio natural" entre los estímulos externos del mundo y de las actividades espontáneas de los individuos². Sin embargo, en nuestra época moderna —post-histórica le podremos también llamar si se atiende a la justificada propuesta de Calasso— dicho equilibrio se ha perdido. Los hombres de hoy son seres dominados por el mero estímulo y sin capacidad de apelar a sus fuerzas internas y a su espontaneidad. Por ello, Colli sostiene que:

"El desarrollo de la máquina ha multiplicado los estímulos y reducido la actividad espontánea y plena del hombre. El hombre espera que el mundo exterior venga a él, y cuanto menor deba ser su aportación (apretar el botón —de un mundo digital) tanto más feliz. Planteamiento milagrero: uno de los aspectos de nuestra barbarie"³.

No se puede, ciertamente, alcanzar o construir una cultura vital, creativa, si el ideal de esa misma cultura es la pereza, como nos advierte Colli, e igualmente la sustitución —añadiría, por mi parte, de la mano de Calasso. Quizá, el mejor ejemplo de ésta equívoca y peligrosa relación entre el hombre y su entorno sea la pretensión desmedida de la modernidad por suprimir o, más bien, falsear la distancia y los límites naturales que emanan de las realidades físicas del espacio y del tiempo, apoyándose en el poder de la técnica —por lo demás hija legítima de la razón espuria, instrumental. Puede sostenerse, en consecuencia, que la técnica es el principal instrumento para reprimir la espontaneidad en todas sus formas y con toda su riqueza.

Pero la modernidad no sólo combate la espontaneidad del hombre de cultura, sino que también destruye aquellas condiciones o factores imprescindibles para crear una comunidad cultural viva y creativa. El estado, el moderno *Leviatán*, controla por entero la esfera de la cultura haciendo que sus intereses y valores se vuelvan hegemónicos. Para Colli, de hecho, el hombre de cultura en el mundo

moderno es un hombre condenado al aislamiento, a la soledad, al abandono y, en los casos extremos, a la incompreensión, el ostracismo e, incluso, a la locura o al suicidio. Como dice el propio Colli:

"En los últimos dos siglos no han faltado ciertamente los grandes individuos de cultura. Su destino ha sido trágico. Por un lado carecían de una base segura, es decir, de una sociedad cultural que les educase y apoyara: como máximo eran autodidactas y aislados, que llegaron con esfuerzos terribles a resultados que hubieran podido ser simples puntos de partida. Por otro lado, no pudieron nunca reunir sus resultados, crear una base para el futuro, dar una verdadera consistencia a lo que habían vivido, salir de la soledad, resumiendo, expresarse de una forma acabada y alejarse de una vida desesperada, dominada por la necesidad material. Soledad, locura, suicidio, miseria, indiferencia, éstos han sido sus destinos"⁴.

El cuadro que nos pinta Colli es desgarrador y doloroso. Sin embargo, el mismo autor nos da la respuesta, quizá más eficaz y, en cierto sentido, esperanzadora, que los individuos concretos y dotados de fortaleza interior comúnmente han manifestado frente al poder subyugador de ese mecanismo de control y dominación que es el Estado. Se trata de la grandeza de espíritu o de carácter que el hombre de cultura puede ejercer si la posee o conquista. La grandeza de espíritu no es, por supuesto, ni renuncia, ni abdicación o resignación. Es, más bien, una suerte de resistencia activa-pasiva que reconduce al individuo hacia su interior y le permite encontrar dentro de sí un espacio para la sobrevivencia de su propia riqueza y su propia identidad. En realidad, la grandeza es una virtud —más que activa o pasiva— contemplativa. Es la actitud de quien logra mantener la ecuanimidad e, incluso, alcanza a mantenerse indiferente frente a la buena o mala suerte.

La grandeza es, por tanto, un mecanismo eficaz para lograr sortear o sustraer a la propia condición humana del torrente del conflicto y de la violencia siempre presente y constitutiva de los dinamismos de la vida⁵.

Por otra parte, la grandeza se manifiesta no sólo a través de la actitud existencial de quien excepcionalmente la posee, sino que también se revela en las diferentes esferas de la expresión humana, es decir, la filosofía, el arte, la ciencia, la religión, etc. Por supuesto que no cualquier expresión humana alcanza la condición de grandeza. En realidad, ni siquiera aquellas producciones humanas marcadas por la excelencia de su realización son forzosamente portadoras de grandeza. Para ello, para evidenciar o al menos reflejar la grandeza, el objeto o producto de la acción humana debe sustraerse, ante todo, de la cultura subordinada al poder del Estado y, además, revelar esa fuerza originaria del fondo primario, esencial y auténticamente verdadero de la realidad⁶. Dicho con otras palabras, para Colli, un producto humano digno de ser considerado tocado por la grandeza no es aquél que a pesar de su excelencia tiende hacia la acción o llegue a inspirar o potenciar un comportamiento organizado, sino, por el contrario, es aquella expresión (poética, política, estéti-

ca, etc.) que posee la facultad de traducir o comunicar más que representar una experiencia interior.

Como fácilmente se comprenderá, el ser humano poseedor de un espíritu de grandeza es una excepción a la norma. En cambio, son legión los espíritus dominados por la influencia de la cultura espuria de la modernidad. Ahora bien, qué es lo que esta cultura deformada y sometida por el poder del Estado refleja como su condición. Para Colli, los rasgos de tal cultura —debilidades prefiere llamarle él— serían básicamente las siguientes: (a) invasión del erotismo, del psicologismo, etc., bajo el pretexto de que la sexualidad es una fuente de liberación personal; (b) preeminencia del compromiso político en la producción de la expresión humana, lo cual constituye, de hecho, un evidente signo de impotencia del hombre de hoy; (c) transformación completa del artista en autor que exige reconocimiento como <<creador>>; (d) ceguera de la especialización; (e) y, finalmente, la marcada ausencia de la filosofía de la comprensión del mundo y cuyo vacío se ve inmediata y constantemente invadido por puntos de vista de la ciencia particular⁷.

En resumen, del diagnóstico de Colli sobre la crisis de la modernidad se desprende la clara implicación de que hay que arrancar a la cultura de su servidumbre política. Únicamente desmontando los mecanismos operativos de esa cultura espuria que proclama tales <<verdades>>, es posible pensar en la adquisición de nuevos valores capaces de vincular al hombre con la grandeza originaria, con la afirmación del verdadero significado de la vida. La anterior empresa no se representa como una tarea sencilla de realizar por dos razones básicas. En primer lugar, porque el llamado a emprenderla es el filósofo en su comprensión clásica presocrática —“de terrible”— y no de la desfiguración moderna —como “cordeiro”— de un sujeto que se deja al margen de la vida y a quien solamente le queda la ingrata e ignorada tarea de escribir e imprimir sus libros⁸. En segundo lugar, porque los recursos de la política para dominar a la cultura son numerosos y poderosos. Además, estos recursos son de naturaleza diversa. Por ejemplo, son de naturaleza material en el caso de la sobreabundancia y disponibilidad de los medios de comunicación. Pero, también, son de naturaleza espiritual, en el caso de la abundancia de enfermedades del intelecto, como ocurre, para citar un caso común, cuando nos negamos a formar juicios propios.

Enseguida se analizará el segundo grupo de críticas de Colli a la modernidad, aglutinadas en torno a la renuncia de la subordinación de la filosofía a la ciencia. Al respecto, lo primero que habría que recalcar es que si algo marca el espíritu de la modernidad es su pretensión de dominación ilimitada del entorno global, natural, sustentada en una presunta condición de autonomía de la condición humana⁹. Tal “racionalidad instrumental”, supuestamente justificada por los éxitos de aplicación empírica y predictiva del conocimiento científico, constituye tal vez la principal responsable de la decadencia del mundo moderno. El hecho fundamental es que para Colli, la ciencia ha dejado de representar un valor por sí misma.

5. Colli nos señala explícitamente que su concepción de grandeza se encuentra inspirada en la concepción de grandeza contenida en los *Upanisad* de los videntes vedicos. Es decir, en la sabiduría milenaria de la filosofía y la religión hindú. Por lo demás, es una concepción de grandeza que comparte elementos con otras visiones de grandes maestros de la "metapolítica" como son Nietzsche (con la mirada que traspasa la mera representación que llamamos realidad y trata de percibir lo oculto tras la apariencia), Calasso (con su actuar político dentro del torrente pero a la distancia) y Junger (con su concepción del emboscado). Todos ellos, pues, comparten ese *Pathos* contemplativo deudor de los Vedas que observa a la distancia el dinamismo del mundo moviéndose entre el dolor y el tiempo.
6. Esta afirmación nos lleva a la concepción de realidad última manejada por Colli y, en rigor, está tomada del pensamiento griego presocrático. Según Colli, en este sentido, "el mundo en que vivimos es tan sólo una apariencia, una ilusión, con consistencia de sueño". Cf: *Ibid.*, p. 52. Para profundizar en esta concepción metafísica clásica debe leerse con sumo cuidado la que quizá es la obra cumbre de Colli *Filosofía de la Expresión*.
7. *Ibid.*, pp. 47-48.
8. Dice Colli: "nos circunda y arrastra un gran río el que llamamos vida, naturaleza, historia (humanidad). Esta corriente vertiginosa nos da sentimientos, opiniones y pensamientos, y luego nos lo vuelve a quitar. Aquel que consigue no estar sometido al arrastre, y consigue de vez en cuando acuñar por sí solo un pensamiento, aquel es un individuo. (...) Tal individuo es, para sus semejantes, un "terrible", como decían los antiguos, aunque los modernos no parecen tener ese miedo, tal vez porque no es muy frecuente que tengan que vérselas con un filósofo", *Ibid.*, p. 50.
9. También Roberto Calasso nos pone en guardia con todos los supuestos metafísicos, epistemológicos y antropológicos que están atrás de la concepción y el abuso de la razón instrumental, expresada en la organización contemporánea de la ciencia y en la pretensión experimental de la historia. Como nos dice Calasso: "La posthistoria está habitada por hombres que creen en las "causas", pero en el "hombre", en la "sociedad", en muchas hipótesis más, pero está gobernada por un individuo guasón tal vez también trascendental para el cual *todo es material*, todo permutable, todo utilizable; un perpetuo manipulador que inventa las formas y las arroja, se cansa de los materiales más habituales y busca siempre otros inéditos, excava las selvas amazónicas y perfora la comisa polar para añadir un sabor, un aroma remoto al cícón", Cf: Calasso, R. *La ruina de Kasch*, Barcelona, Anagrama, 1989, p. 248.
10. Colli, G. *El libro de ... op. cit.*, pp. 87-89.
11. Colli nos advierte: "Hoy en día no podemos decir que la filosofía esté en decadencia: la filosofía ya no existe, existe mucho menos que una poesía o una pintura. Y como nunca antes han existido tantos hombres que se hacen llamar filósofos —a juzgar por los congresos de filosofía o las revistas y publicaciones—, se podría pensar que la filosofía está en un buen momento, pero en realidad casi todos la desprecian y con razón; para conseguir una seriedad se debería de renunciar al nombre de filosofía y filósofo, mimetizarse y comenzar de nuevo", Cf: *Ibid.*, p. 95.
12. También el viejo Marx apeló a la estructura de la inversión, al encontrar la fuente de los males del capitalismo en la alienación o cosificación de los productos del trabajo que pasaban a autonomizarse y levantarse frente al hombre, su productor, como realidades con existencia y dinamismo independiente de ese su productor.